

EL SILENCIO EN SAN FRANCISCO COLL

Reflexión sobre el cap. XXV de la Regla o forma de vivir de las Hermanas

El cap. XXV de la Regla trata del silencio, tan apreciado y recomendado por el P. Coll, y al que posiblemente hoy no le dediquemos suficiente atención. Sin embargo, tiene plena vigencia entre los elementos que constituyen nuestro estilo de vida de Dominicas de la Anunciata. Por eso creo que no está de más que tratemos de profundizar qué significó para nuestro Fundador en su vida y en lo que nos recomienda.

I. EL SILENCIO EN SU VIDA

Está muy claro que el P. Coll fue un hombre de silencio interior y exterior. Testimonios que el P. Lesmes Alcalde recoge en su biografía dan prueba de ello. Están tomados de la obra del P. Vito Gómez O.P.¹.

Refiriéndose a la época de seminarista, dice la H. Rosa Miró que “como solía llegar al colegio antes de la hora señalada, se detenía en algún convento, disfrutando al ver tanto silencio y recogimiento” (p. 690). Otro testimonio de esos primeros años es el de su connovicio P. Domingo Comas O.P.: “En los cuatro años que con él estuve en el noviciado de Gerona, jamás le vi faltar al silencio” (p. 690). No sólo lo guardaba él, sino que mostraba también sumo interés en que sus Religiosas lo observasen. Afirma la H. Francisca Font que “era vigilantísimo y hasta rigurosísimo con las Hermanas que lo quebrantaban, encargándoles siempre cuando hablaban: bajo, bajo (p. 712). Y una vez que por distracción lo quebrantó él, un día de retiro, pidió perdón por el mal ejemplo” (cf. p. 724).

Este simple esbozo puede darnos una idea de lo que significó el silencio para el P. Coll. Veamos ahora.

II. LO QUE NOS RECOMIENDA EN SUS ESCRITOS

Lo encontramos casi todo en el cap. XXV de la *Regla*. Como en otras ocasiones, sigue de cerca a San Alfonso M.^a de Ligorio en la *Monja Santa*, aquí en el cap. XVI, párrafo 1.

• Valor del silencio

¹ GOMEZ GARCIA, Vito T., *Francisco Coll*, O.P., *Testimonios* (1812 - 1931), Valencia, HH.Dominicas de la Anunciata, 1993.

Como hemos visto, el P. Coll en los años del seminario y en los inicios de su vida dominicana había descubierto ya el valor del silencio. Precisamente en las primeras normas que da a las Religiosas que acaba de fundar, *Reglas per las Hermanas del Pare Sant Domingo*, se encuentra el texto de Isaías, que, aunque está en la *Monja Santa*, sin duda había interiorizado tiempo atrás, por figurar en una inscripción del convento de Gerona: “*En el silencio y en la esperanza está nuestra fortaleza*” (p. 17)².

Considera el silencio como un valioso medio que facilita la vida de oración, el trato con los demás y nuestro compromiso de vida dominicana. Sabía por experiencia que el silencio es el camino para el encuentro con Dios, con uno mismo y con los demás.

Y también, que lo mejor de nosotros mismos germina y madura en el silencio. Por eso lo recomienda con tanta insistencia. Atendamos con interés a lo que nos dice.

• **Un camino para la vida interior**

Comienza el P. Coll el cap. XXV afirmando que “*silencio es un gran medio para llegar a ser almas de oración y estar dispuestas para tratar con Dios continuamente*”. Y prosigue: “*Todas las almas de oración son amantes del silencio (...). Por esta razón buscaban los santos las grutas y montes solitarios, para llegar a encontrar este silencio*” (p. 260). Estas frases nos resultan de bastante actualidad. También hoy muchas personas, incluso no creyentes, buscan lugares de silencio en la naturaleza o casas de espiritualidad, monasterios y abadías. Y en ese “*sosegado y maravilloso silencio*” -Que diría Cervantes- encuentran la paz y la armonía. Posiblemente nosotras también deseamos y tratamos de encontrar esos lugares. Está bien, pero el P. Coll quiere que en todas nuestras casas -y no reunirían mejores condiciones las de entonces- se den esos espacios de silencio, tiempos y lugares.

• **Favorece el trato con los demás**

El silencio no sólo ayuda a comunicarse con Dios, sino también a relacionarse con los demás. Afirma el P. Coll, citando a S. Gregorio Niceno, que “*callando se aprende a hablar, pues se aprende a considerar bien todo lo que después se ha de decir*” (p. 263). Bien decía el memorable Cardenal Eduardo Pironio que “sólo merece ser dicha la palabra que nace del silencio”.

Recomienda el P. Coll el consejo de S. Efrén a los religiosos: “*Con Dios hablad mucho, con la gente poco, y ese poco muy edificante*”, y añade: “*a imitación de*

² Se utiliza la última edición preparada por el P. Vito T. GOMEZ GARCIA, O.P.: *Francisco Coll, O.P. Escritos dirigidos a la Congregación de Hermanas Dominicas de la Anunciata*, Valencia 1995.

nuestro Padre Santo Domingo, que sólo hablaba, o de Dios, o con Dios” (p. 264). En otros capítulos de la Regla se refiere también a cuando se ha de hablar o callar: abstenerse de palabras poco modestas y sobre todo de murmurar, de criticar, no interrumpir a las que hablan, y “*si nos sentimos movidos a cólera, vale más callar*” (p. 248).

No sé si hemos llegado a descubrir en profundidad la influencia del silencio en la relación fraterna. Ciertamente, el silencio es una exigencia para lograr la intimidad con Dios, pero asimismo, para estar abiertos al misterio de los demás y llegar al encuentro con el otro (cf. NL, 46 1).

• **Ayuda a vivir el compromiso religioso**

No cabe duda de que el silencio ayuda considerablemente a mantener nuestro compromiso religioso. “Defensa de toda la observancia” lo consideran las Constituciones de la Orden (n. 46 1). Recuerda el P. Coll las palabras del P. Nadal S.J., que “*Para reformar una casa religiosa sería lo bastante establecer en ella la observancia del silencio*” (p. 261). Por eso, continúa con Gersón, “*los santos fundadores encomendaban tanto su observancia, pues sabían cuán importante es para mantener el espíritu*” (cf. p. 261).

Considera que una de las razones por las que se hallan pocas religiosas santas es porque pocas son las que aman el silencio y lamenta que “*entre algunas religiosas parece que apenas se sabe qué cosa sea el silencio*” (p. 262). Insiste en que se observe con todo rigor y que si la Priora o Superiora advierten que se falta, lo corrijan (cf. p. 264).

Esta reflexión, que he querido compartir con vosotras, recoge a modo de simples pinceladas alguna de las enseñanzas que sobre la “Ley santísima del silencio” nos da nuestro Fundador. Si nos detenemos a considerarlas o mejor, si leemos el cap. XXV de la Regla, yendo a lo esencial y actualizando algunas expresiones y conceptos, será posiblemente una motivación para amar y practicar el silencio.

Hoy se busca más bien el silencio interior, “un silencio de todo el ser”; pero para lograrlo se requiere también el exterior. Ese silencio total -exterior e interior- nos abrirá al encuentro con Dios y con el otro (cf. NL, 46).

A la luz de estas enseñanzas del P. Coll, sería bueno revisar qué significa el silencio para cada una de nosotras y qué lugar ocupa en nuestras comunidades ¿Qué pensará el P. Coll de cómo lo vivimos hoy? Porque no hay duda de que en su Proyecto congregacional y asimismo en el de Sto. Domingo ocupa un lugar destacado.

Hna. Socorro Pérez-Campo Osorio
Bol. Anunciata n. 331 Abril 1998 pp. 1-3

Pie foto: "Silencio". *Claustro del monasterio benedictino de Sta. María de Ripoll donde fue confirmado Francisco Coll.*

